

## ¿MONASTICISMO MODERNO?

Laurence Freeman OSB, publicado como “Modern monasticism?” en *Monastic Studies* 18, 1988.



*P. Laurence Freeman OSB*

*En este artículo, el P. Laurence Freeman reflexiona sobre la actualidad o anacronismo del monasticismo, sobre el sentido que se le da al término “moderno”, y sobre las relaciones entre modernidad y monasticismo. Para el autor, el monasticismo tiene el compromiso de ser moderno, yendo más allá de las ideas de estar de moda o de ser contemporáneo.*

### **MODERNIDAD Y NOSTALGIA**

La modernidad tiene una larga tradición, como movimiento con capacidad de absorber otros movimientos, tales como la nostalgia. Podemos verlo en la recreación de periodos más tempranos en cuanto a ideas o modas. Implica una orientación realista hacia la vida, en cuanto al yo y a la sociedad.

La tradición monástica tiene mucho en común con esto. En realidad, como el monasticismo está enamorado de la realidad, es esencialmente moderno. Pero en cualquier periodo puede seducirse con una imagen nostálgica de sí, volviendo su mirada hacia tiempos anteriores, de una existencia supuestamente sin problemas, identificándose con dicha imagen. Esa es una tentación monástica particularmente fuerte. Si caen en ella, traicionan su tradición siendo escapistas y reaccionarios.

El monasticismo como fuerza social desempeña una misión profética y de conversión, pero la nostalgia y el esteticismo son el talón de Aquiles de la vida monástica. Se convierte en una caricatura de sí cuando se desentiende de la vida ordinaria. La belleza artística y el refinamiento intelectual que crea tradicionalmente la vida monástica en su “ocio santo” acarrea peligros tanto como deleites. La paz puede volverse estancamiento, el silencio puede volverse autoabsorción, la soledad puede volverse antisocial, y el claustro tornarse

claustrofóbico. Estos son los síntomas de un monasticismo que ha dejado de ser moderno.

Pueden ayudarnos a reflexionar sobre esto las ruinas de la Abadía de Tintern, una fundación cisterciense del siglo XIII en Gloucestershire. Es un lugar relativamente no comercializado, en un pacífico valle donde una tranquila villa sobrevivió a la desaparición del monasterio durante la Reforma. Una sensación de seguridad surge de las boscosas laderas empinadas que te rodean cuando te sitúas en la vieja abadía. Cuando caminas por la enfermería, el refectorio y la cocina con sus gruesas paredes reducidas actualmente al nivel de tus rodillas, surge la imagen de una vida ordenada, predecible y feliz que te saluda y te guía. Te olvidas de la Guerra de las Rosas, La Muerte Negra, las tasas de mortalidad infantil, las torturas e injusticias del feudalismo. En el área separada de los hermanos legos encuentras la apertura al salón mediante el cual se llevaban los negocios con el mundo exterior.

Aunque sin techo, la iglesia aún es magnífica. Sus ventanas románicas parecen enmarcar los pensamientos y conducirlos hacia la punta fina del alma. Pero el pasto crece en el santuario, y los pájaros vuelan alrededor de las columnas. Es algo encantador, aún en su decadencia, es una bella memoria del zenit cultural del monasticismo. Agita esa extraña y peligrosa esperanza oculta en la nostalgia: el utopismo.

Tintern ejemplifica la imagen del monasticismo de muchos que sufren la actual crisis de fe: es la imagen de un glorioso pasado. Habiendo ocurrido ese zenit, el monasticismo parece una reliquia histórica y una anomalía cultural. Los monjes parecen vivir una vida protegida, tolerada y aun patrocinada, porque satisface el apetito de nostalgia que tiene la gente en todos los modos de vida. Los monasterios son entonces lugares de refugio temporario, real o imaginario, tripulados por exiliados permanentes en nombre de aquellos que están acosados en forma creciente por las presiones, el apuro, y los valores no espirituales de la vida moderna.

Los monjes, siempre desde su zenit cultural, han sido considerados casi exclusivamente como custodios conservadores. El llamado de los primeros monjes a ser radicales y proféticos ahora encuentra débiles sonrisas.

Pero Tintern puede, sin embargo, ejemplificar otro aspecto de la tradición monástica que desafía esta imagen estereotipada, afirmando la modernidad esencial del monasticismo. El espíritu moderno no es sofocado por el fracaso: cuando alguna de sus estructuras llega a la cima y declina, se levanta de sus propias cenizas para crear una estructura nueva. La modernidad prospera desde su propia contingencia y su ser efímero. En el monasticismo esto se llama conversión, en los Evangelios se identifica con la muerte y la resurrección de Cristo en cada creyente.

La mente moderna, como la visión monástica, puede mirar las ruinas de Tintern y sentir varias respuestas simultáneas. Entre ellas, la nostalgia por la gloria del pasado, la idea de una pasada modernidad sin embrollos ni tensiones. O puede ver la continuidad de la vida personal y social a través del tapiz andrajoso y el zócalo roto. La "vida de base significativa" recicla los cadáveres de nuestra cultura. También podemos ver Tintern a través de la visión de Dostoievsky de la modernidad, cuando reflexionaba sobre el impulso humano creativo:

*El ser humano ama crear y construir caminos, eso no está en discusión. Pero... ¿no podría ser que... está temeroso instintivamente de conseguir su objetivo y completar el edificio que está construyendo? Quién sabe, quizás sólo le gusta el edificio a la distancia, y no en la cercanía, quizás solo le gusta construirlo, y no quiere vivir en él...*

El ser humano, en otras palabras, se desarrolla y se expresa en el proceso, no en el logro. Su aspiración es trascendente. Inevitablemente, dejará hermosas ruinas tras de sí.

El monasticismo, más que otros movimientos, está comprometido a considerarse en proceso y, en el espíritu de los Evangelios, está llamado a soltarse de sus propios logros del pasado.

**10** *Lo que quiero es conocer a Cristo, y sentir en mí el poder de su resurrección, tomar parte en sus sufrimientos; configurarme con su muerte* **11** *con la esperanza de alcanzar la resurrección de la muerte.*

**12** *No es que haya alcanzado la meta ni logrado la perfección; yo sigo adelante con la esperanza de alcanzarlo, como Cristo [Jesús] me alcanzó.*

**13** *Hermanos, yo no pienso haberlo alcanzado. Digo solamente esto: olvidándome de lo que queda atrás, me esfuerzo por lo que hay por delante* **14** *y corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llamó Dios desde arriba por medio de Cristo Jesús. (Filipenses 3, 10-14)*

La modernidad está sujeta a una visión de lo absoluto “que todavía está por venir”. Se siente llamada a sacrificar todo con tal de obtenerlo. Sobre todo, tiende hacia adelante, practicando el desapego de lo que ha dejado atrás. Socialmente, esto puede llevar a la brutal rapacidad del proceso de modernización, incluso a nuestra perspectiva contemporánea de auto destrucción ecológica.

Monásticamente, en forma paralela, el ascetismo descontrolado puede destruir al monje en el mismo proceso de su auto perfección. La modernidad, como el monasticismo que es una de sus manifestaciones, requiere moderación, para protegerse de sí misma. Uno de sus grandes peligros es fracasar en distinguir entre moderación y tibieza. Al fallar en ese discernimiento, el espíritu moderno y la vida monástica son presas de nostalgia enervante.

## **LA TENSION ENTRE MODERNIDAD Y MONASTICISMO**

Sin embargo, en la crisis contemporánea de la fe, el monasticismo parece esencialmente antimoderno y la modernidad esencialmente antimonástica. Una sutil conspiración entre los intereses seculares y los monásticos apoya esta idea. Un monasticismo antimoderno le viene bien a un mundo que necesita lugares para escaparse de sí mismo. Monasterios, Disneyworlds, cines o paquetes de turismo pueden servir para la moderna necesidad de huir a periodos controlados de distracción.

Una vida monástica que elige ser contemporánea en sus formas externas pero antimoderna en sus actitudes también puede servir a los mismos monjes, al menos a ese sector de monjes que resisten el proceso interior de conversión. Pronto luego de comenzar ese proceso, el monje o la monja comienza a lamentar el radicalismo de su renuncia al mundo. El primer fervor de la conversión se enfría. Al establecerse en las estructuras de su nueva vida,

adquiriendo estatus y seguridad, el monje o la monja encuentra razones y oportunidades para evitar encontrarse con su propia profundidad y su pobreza de espíritu lentamente acumuladas. Y así, al demandar el mundo un refugio ante las tensiones de la vida moderna, el monje puede responder a estas demandas creando ese refugio para sí mismo. El mundo apoyará y adulará sus “casas seguras”. Los monjes las mantendrán, inspirados (y condenados) por el Tintern de su imaginación.

Esto es una caricatura de caricatura. Aún así, debe encararse el sentido del mutuo rechazo entre la vida moderna y el monasticismo, excepto en su conspiración de nostalgia. Usualmente esto no es examinado y es descartado por los defensores del monasticismo. El tema necesita ser expuesto, sin embargo, antes de que sea olvidado.

La argumentación tiene dos formas. Ambas son prejuiciosas, situadas en una imagen del monasticismo en su momento máximo de influencia religiosa y social.

En la primera forma, el monasticismo es antimoderno porque debería serlo, y debería estar orgulloso de serlo. La Iglesia misma es antimoderna porque en ella, aún en sus estructuras y su jerarquía, ha sido expresada una verdad inmutable. Esta es la afirmación positiva de anti-modernidad que culminó en el reciente cisma de Lefebvre, pero que también arde en muchas más mentes ortodoxas. No es solo una preferencia por la nostalgia y por cierta estética de la religión. Es una creencia sostenida seriamente y que, con todos sus inconvenientes, otros creyentes deben respetar.

En la segunda forma, el monasticismo es antimoderno porque atrae a hombres y mujeres que pueden pensar que están buscando a Dios antes que nada, pero que en realidad están escapando de la vida. Como partidarios de la pobreza, los monjes viven en una tranquilidad y comodidad material, cultivando su auto realización a expensas de otros. Como célibes, evitan la responsabilidad de las relaciones humanas que los sacarían de los estadios infantiles o adolescentes de desarrollo. En su voto de obediencia, hecho a una autoridad que seriamente les demandará ejercitarlo, ellos se alejan aún más de la madurez, en comunidades de co-dependencia. Para tal visión del monasticismo, más frecuentemente sostenida que afirmada, los monasterios pueden tolerarse en el mundo moderno pero no puede esperarse que sean admirados.

Ninguna de estas formas llega en realidad al punto. Fallan en considerar el más fuerte argumento que se esgrime contra el monasticismo, que es hecho no denigrando a los monjes sino mediante una afirmación positiva sobre la real naturaleza de la modernidad.

*“La modernidad es lo transitorio, lo fugaz, lo contingente”* dijo Baudelaire. Pocos estarían hoy en desacuerdo en que la experiencia moderna ha sido de constante cambio e inestabilidad.

Las ciudades son un remolino de reurbanización. Instituciones humanas sacrosantas, como el matrimonio y el sacerdocio, han sido maltratadas por el cambio en una sola generación. Los gobiernos, las economías, las instituciones educacionales, los medios de comunicación y la medicina están pasando por cambios no solo en sus formas externas sino en la forma en que

son comprendidos y evaluados. La modernidad es desintegración. Todo lo que puede predecirse es la impermanencia:

*Todas las relaciones fijas, congeladas con su antiguo y venerable conjunto de prejuicios y opiniones, son barridas, reformadas y se vuelven anticuadas antes que lleguen a petrificarse. Todo lo sólido se disuelve en el aire, todo lo sagrado es profanado” (Karl Marx, El manifiesto comunista).*

El texto marxista va al corazón de la modernidad en su imagen apocalíptica de disolución de lo sólido en el aire. Si esto es la modernidad, entonces con seguridad el monasticismo es antimoderno, porque es compromiso con la solidez en el aire, la realidad de los valores espirituales, la estabilidad de las relaciones comunitarias expresada en votos de por vida, la supervivencia de sus edificios, que rezuman el poder de resistir el asedio de todas las fuerzas del cambio exterior. Esto está ligado a la continua repetición de sus salmos y liturgias intemporales, ya sea en el lenguaje sagrado del pasado o en la lengua vernácula. Sus cánticos son un encantamiento contra el cambio.

Otros aspectos de la modernidad prueban su antipatía al monasticismo. Ser moderno es aceptar la duda como condición del compromiso y aún preferir el sufrimiento del escepticismo a la seguridad de creencias incuestionables. Ser moderno es entrar en la ansiedad de estar alienado en formas de pertenencia confirmadoras y protectoras, ya sean la familia, la iglesia, la profesión o la patria. La vida moderna ha introducido una ambigüedad permanente en su lenguaje sobre moral. La ambigüedad ha producido confusión sobre cuándo una persona comienza a existir, cuándo debería permitírsele dejar de existir, aún sobre qué es al final de cuentas una persona.

Desde la alta torre del monasticismo, la modernidad es también iconoclasta: desacraliza al sacerdote, al profeta, al artista, al estadista, proclamando un estado de igualitarismo. A pesar de su declaración de ser hombres y mujeres comunes, ¿cuándo los monjes no han sido vistos como una casta espiritual?

Con frecuencia, la misma gente que genera estos rasgos de desintegración es aquella que desde sus tronos políticos o corporativos afirman los valores tradicionales y de la estabilidad.

La tranquila burguesía, como Marx vio, es el poder realmente revolucionario. Camuflada o no, y llena de ironías y disfraces, la modernidad es impulsada por fuerzas desestabilizantes y reconstructivas mientras el monasticismo es la búsqueda de paz en la estabilidad. Lo que fuere que uno sienta sobre estos rasgos de la modernidad, son el desafío a un monasticismo que podría llamarse moderno.

Aún si los monasterios son lugares de refugio ante la modernidad, la gente que huye hacia ellos la lleva consigo. A menos que la estructura monástica a la cual entran sea arcaicamente rígida, los nuevos monjes llevarán con ellos el germen del cambio.

Un abad de un gran monasterio dijo recientemente que siete de diez nuevos candidatos se sometieron a psicoterapia en el transcurso de sus dos años de entrar. Para San Benito, la vida era la terapia. Para muchos contemporáneos

pero aún no completamente para los monjes modernos, se necesita terapia para soportar la vida.

La modernidad influye al monasticismo desde dentro tanto como desde fuera. Esto no significa que la modernidad es afrontada e integrada en la vida monástica.

En realidad, cuando más es percibida, los monasterios más pueden endurecerse contra ella, despachando a la gente que no puede adaptarse, estableciendo barreras entre la comunidad y el mundo que impiden pasar la vida del Espíritu a través de ellas. Ellos restringen la modernidad a meros signos exteriores de vestimenta, liturgia o estilo de vida. Se pierde el elemento clave: la conversión.

Se debe tener presente una distinción importante entre modernidad y modernización. La forma en que la modernidad se implementa puede ser violenta, intolerante o destructiva.

El progreso – la fe secular de la modernidad – ha sido invocado para arruinar paisajes y sistemas ecológicos, localidades, escolarización, familias. Se precisan fuertes voces proféticas y grupos que trabajen juntos para resistir la dictadura de la modernización. Los monasterios deberían estar entre estos grupos, saliendo al mundo del cambio a través de extensas comunidades de monjes y laicos unidos en un compromiso común con el núcleo del monasticismo: la experiencia contemplativa.

El testimonio profético, en contra de los excesos de la modernización, nunca es anticuado. La profecía convoca a un cambio radical, a una reestructuración de todas las relaciones, a una interiorización de lo sagrado. La autenticidad de este llamado se basa en el cambio que el profeta mismo ha abrazado.

Ninguna resistencia a la rapacidad de la modernización puede ser tomada en serio si no está comprometida con los riesgos y oportunidades de la modernidad.

El compromiso con la modernidad es integral para la postura profética contra el desequilibrio y la injusticia de la modernización contemporánea. El monasticismo se compromete con la modernidad mediante la pureza, simplicidad y concentración de su forma de vida. En su raíz, aplica estos principios en la vida de cada monje. La interioridad es el semillero de la revolución y la conversión. El corazón no es un símbolo de un retiro nostálgico; es, en la tradición monástica, el lugar de la conversión, el eje de la revolución del Reino de Dios. Si miramos ciertos elementos claves de la tradición monástica, podemos ver cómo el monasticismo no está meramente aliado a la modernidad sino que es una expresión primordial de la misma. En el monasticismo cristiano podemos también ver las raíces de la modernidad desde el mismo Evangelio.

## **CONVERSIÓN**

Los monjes benedictinos hacen un voto de “conversión de vida” de acuerdo a una frase de la Regla de San Benito (“*conversatio muorum suorum*” RB 58:17) Los estudiosos han estado desde hace tiempo desconcertados sobre su exacto significado.

*Conversatio* puede significar simplemente “vida monástica” por extensión a “vida en común”, pero también retiene el sentido monástico de conversión a partir de la palabra “*conversio*” con la cual ha sido por largo tiempo confundida. “*Mores*” o modo de vida, parece algo más que un sinónimo de *conversatio*.

En un documento como la Regla de San Benito, que se caracteriza tanto por su modestia como por su autoridad, esta confusión sobre uno de los votos monásticos claves es instructivamente irónica. La Regla no impone en ninguna parte una fórmula específica de voto, pero de acuerdo con el capítulo 58, los monjes, luego de un año de entrenamiento, prometen conversión, estabilidad y obediencia ante toda la comunidad, en un monasterio en particular (no hacia una orden) y a un abad en particular (más que a un superior). La visión de Benito sobre el compromiso no está influenciada por ningún concepto de Orden centralizada o ley canónica. Se relaciona con el estado monástico, no con un estatus monástico.

Siglos de tradición han desarrollado una comprensión del voto de conversión de los monjes que teológica y psicológicamente rica. Ha llegado a ser vista como un compromiso para cambiar más que para lo que fuere que el monje pueda ser cambiado.

Es un proceso, más que un logro – es la construcción de la casa, más que vivir en ella – es el ímpetu monástico. Como novicios, se les enseña en todas partes, la conversión significa no una renuncia de una vez al mundo, sino un compromiso sostenido a un cambio continuo, al constante cambio del corazón, y por lo tanto, de la vida. La modernidad del monje es descubierta al centro de su ser en el curso de la transformación diaria más que en su relación con las estructuras permanentes de la institución monástica.

El sentido del tiempo de San Benito es agudamente moderno, a causa de este sentido personal de conversión. Su Regla está llena de imágenes de velocidad, de levantarse, de no demorar, de respuesta inmediata. Está lejos de la imagen nostálgica del monasticismo en que el tiempo se ha detenido y de monjes como seres con animación en suspenso. Benito, como todos los espíritus modernos del pasado y del presente, ha sido captado y se ha entusiasmado con la visión de progreso, velocidad y urgencia.

*Al progresar en este camino de vida (“conversatio”) y en la fe, correremos en la ruta de los mandamientos de Dios (Prólogo, 49).*

Aún el rasgo moderno de espontaneidad está, paradójicamente para nosotros, asociado con una obediencia sin vacilaciones, que “*ocurre naturalmente a aquellos que aman a Cristo sobre todas las cosas*”:

*Casi al momento, entonces, al dar el maestro la instrucción, el discípulo rápidamente la pone en práctica en el temor de Dios; y ambas acciones son rápidamente completadas como si fueran una sola (RB 5:9).*

La conversión monástica es el equivalente de la modernización social y económica.

Benito está siempre conciente de los peligros inherentes al proceso de modernización: el abad no debe empujar a la gente demasiado rápido, ya que al remover la herrumbre puede romper los recipientes, y sin embargo debe

aguijonear a los fuertes a avanzar más. Debe tratar con las fuerzas reaccionarias firme pero a la vez suavemente, dejando que el tiempo calme, tanto para la penitencia como para la orientación. Pero al final, quienes no cambien deberán buscar otro lugar para crecer (Capítulo 28). La modernidad en la vida espiritual, no implica tiranía ni opresión sino libertad y amor.

Transitando el camino de la conversión, el corazón siente su autotranscendencia y fluye con el deleite silencioso del amor.

Esta alegría no es un escape del cambio, sino que genera un sentido de urgencia. El tiempo no está para ser desperdiciado o demorado, sino para profundizar el compromiso para el cambio. Está para correr (Prólogo, 44) de manera que lo que logremos ahora nos modele para la eternidad. *“Mientras todavía hay tiempo”* – su frase hace eco a la urgencia del evangelio que llama a la inmediata conversión. En ella hay una advertencia sobre las consecuencias de la demora, pero más profundo que el temor está el amor, y el entusiasmo de saber que en cualquier momento podemos entrar al Reino que Cristo ha abierto para nosotros, a través de dar el paso de la metanoia. El momento presente es una conciencia elevada de la experiencia de la mortalidad. El tiempo se hace más significativo en cuanto es sentido como fugaz. La entropía está potenciada por el proceso de modernización, y la mortalidad es el espolón para la conversión. Pero el tiempo es entendido también como el continuo punto de intersección con la eternidad. Ningún detalle, ni humor pasajero, ni pensamiento, ni gesto, carecen de significado. La intensidad de esta visión de la vida es esencialmente moderna. Para Benito, es la energía de la paz. En nuestra crisis de fe, la intensidad se ha transformado en ansiedad, el vino se convirtió en vinagre.

Ser monástico es ser moderno, es tener un sentido del tiempo que es saludablemente impaciente, un ansia por el Final o el Día de Cristo. Jesús deseaba que el fuego que había traído se esparciera por toda la tierra. Benito comparte esta moderna impaciencia, pero la atempera con la suavidad similar a la de Cristo. No es despiadado para el cambio al estilo de los modernizadores contemporáneos. La vida para sus monjes es descrita como un don, una oportunidad de cambio para entrar a la plenitud de la vida en *“el tabernáculo del Reino”* (Prólogo, 22).

Aún el Reino es descrito con una imagen de peregrinación e impermanencia. Cada día es un período de extensión, una tregua entre nosotros y la muerte, afrontando la oportunidad de crecer más. Y la vida monástica es el proceso de traducción simultánea de las enseñanzas del Señor a la acción cotidiana (Prólogo, 35). El Señor espera. Somos nosotros quienes deberíamos estar impacientes por cambiar, pero no tan impacientes como para olvidar que lo que no podemos hacer por nosotros mismos lo suplirá el Señor con su gracia (Prólogo 41).

El eje de la conversión es la conciencia de la muerte. La constante conciencia de la muerte en Benito ilumina su modernidad cristiana (RB 4:4). Sugiere cuántas de las enfermedades de la modernidad contemporánea surgen de nuestra represión del pensamiento de la muerte. Como todas las mentes modernas, él es conciente de lo transitorio de todos los logros realizados bajo la sombra de la muerte. Pero impulsando una conciencia diaria de la muerte, Benito evita el error de alejar la muerte hacia el final de la vida. Él la ve como parte de la vida, realmente, la mitad del proceso de cambio.



El monje representa al cristiano que es expuesto continuamente a la muerte por amor a Cristo. Debe estar preparado a sufrir sin quejarse ni vengarse, la muerte que su propio pecado o el pecado de sus hermanos le causará, conciente o inconcientemente (RB 7:38,42).

La persona moderna es quien sobrevive a la rapacidad del cambio, aún se desarrolla en él, y crea algo nuevo. El monje, muriendo y resucitando diariamente en el proceso de conversión, es por lo tanto esencialmente moderno. Su voto de conversión es un compromiso con la modernidad hasta que la muerte lo separe del monasterio.

## **COMPROMISO**

El monasticismo occidental comenzó a estar bajo la influencia de canonistas cuando Gregorio el Grande impuso la “Pequeña regla para principiantes” de Benito a la Iglesia universal. Fue el equivalente monástico del Edicto de Constantino y, para la Cristiandad en conjunto, la fama y la aprobación trajeron problemas.

El reciente código de derecho canónico completó su triunfo sobre el comodín del monasticismo en su conjunto por la silenciosa abolición de una categoría monástica de diversidad. Los monjes ahora son parte del título de “religiosos”. Sin embargo, quizás más que ser el fin de la independencia monástica, esto será el comienzo de una nueva libertad de expresión. ¡Santo Domingo, después de todo, les dijo a sus seguidores que vivieran como los herejes n tanto que enseñaban como la Iglesia!

El monje se compromete a la radical libertad del proceso de conversión. Disciplina, obediencia, perseverancia y ascetismo son tomados en el contexto de un compromiso a la libertad y a la madura aceptación de la responsabilidad de la libertad personal. Para muchos hoy, la libertad significa evitar la permanencia. La tradición monástica le da un significado diferente a la libertad.

La Regla enfatiza la permanencia de la profesión del monje. Benito no suena amable al describir el futuro de los monjes que deciden irse después de pronunciar sus votos (RB 58:28). Aquí sobre todo encaramos la cuestión sobre la modernidad del monasticismo. La gente moderna de hoy se estremece ante un compromiso permanente, ante los monasterios o el matrimonio. Es un rasgo aceptado de nuestra cultura ver el crecimiento como implicando una cancelación y reconstrucción de los compromisos personales. ¿Puede el monasticismo hoy alcanzar la esencia del compromiso y rehacer sus formas exteriores para alojar la modernidad contemporánea sin dejar de ser radical en sus demandas? Es en sus formas de compromiso que el monasticismo necesita modernizarse para ser fiel a su perenne modernidad.

Tomando el énfasis en la estabilidad de la Regla en su capítulo 58 como la actitud de compromiso exclusivo, el monasticismo occidental desarrolló un legalismo agresivo y restrictivo hacia los votos. Este legalismo estrecho y auto protector es hoy la principal barrera de mal entendido entre la vida monástica y la vida moderna.

El compromiso es un medio esencial incuestionable tanto como una señal de madurez. Hasta que nos comprometamos plenamente, permanecemos encapsulados en nosotros mismos e incapaces de trascendencia, y por lo tanto, incapaces de crecimiento. Pero hay etapas de maduración – la cual es un proceso culturalmente condicionado – y así, se necesitan estadios de compromiso que se correspondan con esas etapas.

Benito reconoce esto al indicar un año de preparación y reflexión antes del compromiso final. A través de los siglos, este año ha sido extendido progresivamente, con frecuencia con el resultado de crearse una confusión entre el llamado a la permanencia y el tiempo permitido para responder. La formación monástica necesita diferenciarse tanto como sea posible del “modelo de graduación académica”. Esto no significa que el monje debería ser alentado a postergar permanentemente el momento de su compromiso. Significa que, luego de aceptar la disciplina comunitaria de vida, él o ella serían preparados a hacer el acto de fe en un momento singular, al que se haya llegado en armonía con la comunidad, y en una forma que exprese la vocación personal de la manera más apropiada.

Como la intensidad de la modernidad ha aumentado, la dificultad de comprometerse en algo durable se ha vuelto crítica. Es lo central de la moderna crisis de fe. Cuanto más rápido es el paso del cambio que nos rodea, menos confianza podemos tener en decir que “haremos algo de por vida”.

Sin embargo, es una afirmación necesaria de hacer eventualmente y de creerla de todo corazón al hacerla, aún sabiendo que la modernidad es la impredecibilidad. A pesar de las diferencias entre su modernidad y la nuestra, Benito es moderno en su enfoque del compromiso. Es moderno por su percepción de lo que hace el compromiso con el sí mismo personal. Él desafía a la identidad del yo emergente para que se manifieste a través del compromiso y la fidelidad, en la perseverancia auto trascendente. Ningún monasticismo puede dispensar del compromiso. Pero ningún monasticismo puede tampoco forzarlo. La libre elección debe ser preservada.

El budismo de Tailandia y de Burma ofrece un valioso modelo a Occidente, en su práctica de lo que los monjes occidentales llaman con frecuencia despectivamente “monasticismo temporario”.

Los monjes occidentales tendrán que comprender que esto no es temporario en el sentido usual de la palabra. Significa completo por el tiempo que dura. El encuentro con este aspecto del monasticismo de Oriente solo puede ayudar a los monjes occidentales a verse a sí mismos como parte de un fenómeno universal y transcultural.

Los budistas no ven nada despectivo o tibio sobre un período limitado de vida monástica, considerando que durante el mismo los monjes – usualmente jóvenes, antes de comenzar sus carreras o formar sus familias – son fieles a su espíritu y obedientes a su maestro. Algunos que van por tres meses se quedan tres años o por toda su vida. Pero no se hace ningún esfuerzo para que permanezcan. La práctica tampoco es vista como un ejercicio de reclutamiento vocacional. La misma idea de buscar reclutamiento pone en cuestión la integridad del monasterio. Si un monasterio busca preservarse, ha perdido un importante asidero a su voto de conversión. Una institución monástica debería estar dispuesta a morir en fidelidad sabiendo que ha vivido en fidelidad.

La fe definitiva del monje está en la permanencia de la tradición monástica más que en la institución monástica. Los monjes temporarios afirman más que debilitan esa fe.

El monasticismo occidental, en realidad, tiene su propia tradición de compromiso no legalista en el rol del oblato/la oblata claustral. Es una forma de vida monástica que puede canalizar mucha de la energía espiritual aún no controlada hoy por la Iglesia. San Benito también permitió otras formas de compromiso monástico aparte del que se expresa en votos vitalicios en un monasterio en particular. Él da la bienvenida al monje viajero por un periodo indefinido (“por un tiempo tan prolongado como él lo desee” RB 61:3). El abad incluso es urgido a asesorar a la comunidad y a sostener esto luego de consultar al propio abad del monje que desea permanecer en ese otro monasterio.

La Regla describe un monasterio que podría tener tantas formas de compromiso entre sus miembros como tipos de tarifas hay actualmente para un viaje en avión. Con los huéspedes monásticos y laicos, los sacerdotes visitantes y los oblatos, tanto como con los monjes permanentes, el monasterio de la Regla es un mosaico vital de compromiso: una verdadera expresión del monasterio como sacramento de la Iglesia y de la simple vocación cristiana.

Estos son todos énfasis equilibradores para contrarrestar un énfasis exclusivo y legalista sobre la irreversibilidad de los votos monásticos, en el Capítulo 58 de la Regla. Son elementos para el monasticismo contemporáneo, para recordarnos si es tan moderno en nuestros días como lo era en tiempos de San Benito.

La grandeza de la Regla está en su principio incorporado de autotranscendencia. Describiéndose a sí misma como una pequeña regla para principiantes, es inherentemente flexible en la manera en que ordena la salmodia, la vestimenta, la disciplina y el trabajo. Su discreción y su adaptabilidad a las circunstancias cambiantes la señalan como una visión de la vida moderna esencial y saludable. Su preocupación por el compromiso a la santidad tiene una dimensión vital que añadir a nuestra preocupación actual por la plenitud.

La Regla expresó la cuestión del compromiso en términos de su propia sociedad feudal y agrícola del siglo sexto. Era una sociedad que daba por sentado la comunidad. Nuestra auto conciencia busca pertenencia y nuestras demandas sobre la experiencia comunitaria para aliviar la soledad de la condición humana toman rasgos diferentes en la modernidad.

La sociedad en que vivía San Benito afrontaba el compromiso sin la intensidad de nuestro individualismo, sin la paralizante gama de opciones diversas, y sin nuestro concepto de libertad personal y autorrealización. Por ejemplo, ¿cuántos de los monjes de San Benito elegían ser monjes según nuestra comprensión actual de lo que es elegir? ¿Y cuántos, aún, asentían libremente? No podemos saber cuántos entraban de niños y, como muchos ex alumnos de escuelas monásticas actuales, simplemente permanecían en un lugar que era amado ya como un hogar, quizás el único hogar que ellos conocieron.

Para el menos perceptivo de los Padres del Desierto, San Benito podría tal vez haberles parecido demasiado condescendiente. Para ellos, no podrías ser monje en tu propio país. Pero la modernidad de San Benito era diferente de la de ellos.

El joven o la joven hoy busca a Dios en un modo aún más confuso, descolocado y ansioso que quienes vivieron al borde del abismo del final del imperio romano. La edad a la cual se realiza el compromiso se vuelve más tardía en nuestros días.

Todos los monasterios están familiarizados con los candidatos en crisis de la mitad de la vida. El compromiso necesita presentarse a ellos como el desafío del cambio más que la oportunidad para encontrar seguridad. Pero tanto a personas jóvenes como a personas maduras debe ser ofrecido como una oportunidad apasionante. “Mira cómo el Señor en su amor nos muestra el camino de la vida” (Prólogo de la Regla, 20).

Presentar el compromiso como un requisito para convertirse en miembro o como el precio para lograr seguridad es negar al candidato la plena libertad de elegir y contagiar los votos monásticos con un sentido de auto negación. El compromiso requiere ser multidimensional en el monasterio moderno. Y así, necesita ser presentado como un asunto de sincronización personal, no como conformidad con un procedimiento normativo.

¿Quién no temblaría al ser preguntado: “Juras hacer esto por el resto de tu vida”? Pero quién no se sentiría hoy aliviado al oír una variante de las palabras de San Benito en el capítulo 58: “Si ves que este camino te conducirá a la vida, te damos la bienvenida para seguirlo en libertad y en amor, libre de venir, libre de irte, comprometido al cambio que al vivirlo irá haciendo su trabajo en ti”.

## **COMUNIDAD**

La comunidad es el signo humano de nuestro compromiso con la comunión que disfrutamos con Dios. Esta comunión es del ser real que subyace escondido debajo de las represiones y las máscaras del desarrollo del psiquismo. Para descubrir la alegría de esta comunión, debemos hacer el trabajo de liberar el yo. Por esta razón, la comunidad en sí misma es un trabajo, porque no es solo el signo de comunión sino el lugar de liberación, de auto descubrimiento mediante la auto trascendencia.

De las muchas necesidades e impulsos que siente hoy la gente, dos de los más insistentes son los de interioridad y de comunidad. El monasterio atiende a ambas.

Jung dijo que nunca había encontrado una comunidad que permitiera la plena expresión de sus individuos. Muchos monjes, tanto como los miembros laicos de las comunidades, entenderían esto. La comunidad es un proceso iniciado y sostenido por el compromiso de los individuos en la autotrascendencia. Si este compromiso comienza a declinar, el proceso puede comenzar a invertirse, y lo que comenzó como un proceso de liberación puede llegar a ser su propio antisigno, un lugar de restricciones donde los prisioneros son sus propios carceleros.

La conciencia moderna contemporánea enfoca la salvación – plenitud, integración, realización – en términos que la temprana modernidad hubiera encontrado incomprensible. San Benito no habla de la necesidad de auto expresión ni de la vida monástica como un camino de auto realización. Él habla de “vida”, “amor”, paz y alegría, términos ante cuya ingenuidad la psicología tiende a sonreír. La diferencia entre este lenguaje y el nuestro refleja el cambio en la clase de demanda que hacemos a la experiencia comunitaria.

Bastante distinto de San Benito, nosotros la vemos como una terapia para nuestras enfermedades psicológicas. Sus candidatos deben haber tenido las personalidades fuertes y los caracteres robustos que requieren las reglas que implican restricciones. Estas reglas nos parecen duras y negadoras de la vida, a quienes estamos mucho más restringidos por nuestras propias represiones. Si son aplicadas sin tomar conciencia de la diferencia entre nuestra modernidad y la de San Benito, realmente llegan a ser con frecuencia lo que parecen a un lector ocasional. Si San Benito, sin embargo, tenía que legislar en contra de la risa excesiva y la vocinglería, el abad contemporáneo tiene que tratar con personalidades regresivas y depresivas. La Regla pide al abad que sea adaptada al tipo de individuo con el que está tratando. Hoy debe ser extendida al tipo de comunidad que nuestra personalidad social probablemente formará: una personalidad fuertemente desarrollada en impulsos egoístas no sujetados por la experiencia de comunidad.

En cualquier periodo de la historia la comunidad monástica es un medio por el cual los individuos aprenden la auto disciplina requerida para trascender el ego y para vivir centrados en los demás. El amor es la energía para esta autotranscendencia, y toda la disciplina se ejerce para proteger y desarrollar la capacidad de amar.

Pero en personalidades con predominio egocéntrico, las demandas de realización emocional proyectadas ávidamente sobre la comunidad o sobre los individuos que la forman pueden originar profundas y amargas desilusiones.

El amor es sentimentalizado por el ego, y más allá del romanticismo de las actitudes contemporáneas de amor permanece la insensibilidad del lado oscuro del psiquismo, que puede destruir tanto al individuo como a la comunidad.

Si no se presta constante atención a este peligro, la comunidad puede degenerar en un mero colectivismo, usurpando la libertad de los individuos. Cuando la comunidad pierde su verdadera modernidad, al individuo se le permite, y en realidad se le pide, entregar su libertad a cambio de la seguridad que brinda la uniformidad. Entonces la comunidad se vuelve cada vez más autocentrada y autoprotectora. La personalidad de la comunidad es siempre el espejo del psiquismo de sus integrantes. Cuando esta regresión acontece, es porque el compromiso con la autotranscendencia, primero en la oración y luego en todas las otras áreas de la vida, ha dejado de ser la prioridad central. La comunidad pierde su vida de libertad personal y se transforma en una multitud cuya mente colectiva es infantil y destructivamente codependiente.

¡No es extraño entonces que tanta gente actual, que en su soledad urbana añora una comunidad, también teme los peligros de este proceso!

Un monasterio moderno ofrece una verdadera vida alternativa al descubrir la dinámica que existe entre la interioridad y la comunidad. Sólo quienes están preparados para afrontar la soledad pueden vivir en comunidad.

“Dejen que quienes no pueden estar solos tengan cuidado con estar en comunidad. Pero lo contrario también es cierto, cuidado con quienes no están en comunidad, respecto de estar solos” (Dietrich Bonhoeffer). Realmente, al señalar la vida eremítica como el natural desarrollo de la comunidad, San Benito muestra que la meta de la vida común es su propia autotrascendencia. No solamente los monjes deberían trascenderse a sí mismos, también deberían hacerlo los monasterios.

Si el monasterio está constantemente alerta de los peligros de enfriar su intensidad contemplativa, puede continuar desarrollando su verdadero propósito de liberar al individuo de su egoísmo. No porque provea al individuo de oportunidades para escapar del mundo o de sí mismo, sino precisamente porque se ofrece a sí mismo como una entidad digna de ser vivida.

Si los monasterios existen primordialmente para plenificar o proteger a sus miembros, se convierten en espiritualmente huecos. Un signo de esto sería centrarse en lo financiero o en lo extravagante. Por otro lado, los monasterios que buscan renombre por su austeridad dan vuelta el problema. En vez de complacer a sus miembros, los reprimen más, aplastando sus individualidades e ignorando sus necesidades personales válidas.

Ahí está el dilema del monasticismo actual. En todas las épocas, el monasticismo es moderno cuando es moderado sin llegar a un arreglo de compromiso. Es esencialmente moderno porque está cautivado por la posibilidad de la excelencia y está urgido por conseguirla mediante un compromiso total con el progreso, con la conversión. La comunidad es el contexto del compromiso, y debería por lo tanto estar dispuesta a recibir todos los grados y las formas de compromiso que son generados por el amor y la reverencia a lo absoluto.

Nuevas formas de compromiso que a primera vista parecen innovaciones llegan más tarde a ser reconocidas como retornos de formas más tempranas, quizás modernidades monásticas previas a las benedictinas. Los monjes, mediante su voto de conversión, necesitan verse como seres en evolución y a sus comunidades como entidades en desarrollo, instituciones no impermeables sino fluidas. Pero hay dos teorías sobre la evolución. Una concibe el cambio como procedente de un largo proceso de pequeños cambios. El otro reconoce saltos cuánticos que sobrepasan la lógica. Sin duda existen ambas formas de evolución en la inteligencia más alta del Espíritu de la creación. Sin embargo, por temperamento, la mayoría de los monjes son propensos a favorecer el proceso más lento. Pero la sed de Dios del monje, sed de conversión y de santidad, también genera el salto cuántico, en forma de ramificaciones de las instituciones más grandes.

El monasticismo vive de su continua refundación. Cómo atravesarán el tiempo los más grandes monasterios en los próximos años, con tanta frecuencia cargados de escuelas, parroquias, y conjunto de problemas, dependerá de su disposición para crear fundaciones experimentales, más contemplativas, y quizás interreligiosas, y a la vez ser influidos por ellas.

Ya está emergiendo una pauta a través del ejemplo de fundaciones recientes. Nuevos movimientos monásticos han surgido, independientemente de las principales órdenes. Su forma es contemplativa, urbana, pequeña; incluye monjes profesos y no profesos, e integra a hombres y mujeres en una vida común.

Las nuevas “órdenes” son menos parecidas a los Cistercienses o Benedictinos en su estructura y su legalidad. Pero están profundamente influidas e inspiradas por la tradición, el ejemplo y la amistad con casas de esas órdenes.

El nuevo monasticismo, sin embargo, está surgiendo con un espíritu mayor de libertad y con no menor compromiso que en las órdenes tradicionales, en comunidades asociadas con Taizé, El Arca, Jerusalem, El León de Judá, o los Centros y grupos de la Comunidad Mundial para la Meditación Cristiana. Es creando comunidades monásticas que sirven como centros de fe, oración y hospitalidad dentro de redes comunitarias internacionales.

Las nuevas tecnologías de la comunicación crean posibilidades emocionantes de pertenencia en un tejido cercano a través de largas distancias.

La modernidad contemporánea ve a varones y mujeres como igualmente complementarios. La modernidad de San Benito no lo veía así. Los monasterios de un solo sexo encontrarán creciente dificultad para convencerse a sí mismos o a otros sobre su modernidad, si continúan viviendo solamente en la forma que propuso San Benito. La aspiración a la totalidad caracteriza a la gente moderna en todas las épocas, mientras que la nostalgia tiende a aceptar y aún defender la absoluta incompletud.

El anhelo de totalidad es una especial aspiración intensa de los monjes, quizás por sus grandes heridas. No muchos hoy pueden escapar de la confusión creada por la obsesividad sexual de nuestra cultura, y aún menos pueden esperar llegar a una integración de su sexualidad sin la aceptación y proximidad del otro sexo. Un monasterio contemporáneo que está en la tradición moderna debe por lo tanto consistir de varones y mujeres relacionándose unos a otras como hermanos y hermanas, y como padres y madres espirituales de los recién llegados, en la amistad de Cristo.

Hoy, para preservar la modernidad del mandato de San Benito “a sus compañeros monjes le muestran un puro amor de hermanos” (RB 72:8) necesitamos agregar “y hermanas”.

## **AUTORIDAD**

La modernidad incluye la diversidad. San Benito preserva la unidad del monasterio haciendo que el abad se adapte a cada tipo de personalidad. Su liderazgo es al mismo tiempo correctivo e inspirador, y su principal preocupación sigue siendo que cada persona que le hizo una promesa de obediencia avance en su proceso de conversión.

La autoridad del Abad deriva de la misma Regla como derivación de la tradición monástica. Debe usar su autoridad para impedir que la comunidad se deforme hasta convertirse en una multitud. Su paternidad espiritual es la protección contra la tiranía de la mediocridad. Nietzsche, uno de los grandes sufridos de la modernidad, nunca hay escasez de quienes solucionan las

crisis reduciendo la intensidad de la vida. “Conviértete en mediocre” es la moralidad de esas personas. Para San Benito, la autoridad es enemiga, no de la libertad personal o de la individualidad, sino de la mediocridad. Hoy, como nunca antes, la modernidad desafía la tendencia monástica a sumergirse en la mediocridad y la nostalgia:

*Hoy la vida religiosa reclama fortaleza. En tiempos pasados pudo haber sido el refugio de muchas almas débiles y tímidas; hoy es el taller de las almas fuertes, confiables y heroicas. (Pablo VI, Evangelica testificatio).*

Desde San Agustín en adelante, la modernidad ha enfatizado la autoridad de la experiencia personal tanto como la de las estructuras externas a las personas. La interioridad es un componente motivador esencial del Evangelio mismo. El equilibrio entre estos dos polos de autoridad es el signo de una modernidad saludable. La cultura contemporánea ha perdido este equilibrio entre la autoridad interna y externa, tan necesario para poner orden en la conversión personal y en la modernización social. Las figuras de autoridad se han vuelto sospechosas proyecciones psicológicas, necesarias para ser rechazadas o entronizadas de modo de poder ser depuestas por elección o por revolución.

El abad de San Benito (RB 2) puede parecer poco moderno en su rol antidemocrático en la comunidad. En realidad, se espera que él consulte a todos, pero no se inclina por las decisiones mayoritarias. Incluso la elección de un abad no requiere una mayoría. No va a gobernar tiránicamente, pero la suya es la decisión final.

¿Cuántos monasterios occidentales darían hoy la bienvenida a un abad tal como lo describe exactamente San Benito? ¡Quizás no exista esa contrariedad! Quizás, también, hemos olvidado la dinámica esencialmente contemplativa de la relación que liga a cada monje con cada uno de los otros, tanto como al abad, en obediencia mutua.

El libro *Crowds and Power (Las muchedumbres y el poder)* de Elías Canetti es digno de leer por las comunidades monásticas afrontando el problema moderno de la autoridad. Retrata la terrible capacidad de los seres humanos de someterse al dominio del miedo. La obediencia, en la muchedumbre, procede del miedo final a la muerte, un miedo oculto en las amenazas de rechazo, exclusión, desaprobación o castigo. Se construye entonces una jerarquía del miedo para transmitir lo que Canetti llama “el agujón” de la compulsión debajo de una cadena de mando. La triste conclusión que él declara es que en cierto grado, esto es inevitable en cualquier sociedad humana.

Los monasterios deberían desafiar esa conclusión comunicando la palabra de Dios para reparar el agujón transmitido. Pero un monasterio que se rinde ante el esfuerzo de ser moderno cae presa, como cualquier otra institución, al estado primordial de miedo y se arriesga a ser otra “institución total” como los hospitales o las prisiones.

*“La gran tentación del hombre moderno – dijo Merton – es la inmersión en el gran mar de irresponsabilidad que es la muchedumbre”. La muchedumbre está en nosotros, antes de que llegemos a ser parte de ella.*



San Benito insiste, por lo tanto, que la obediencia emana del amor, no del temor (RB 5:10). Los mandatos obedecidos sin amor pervierten el proceso de conversión del corazón. Pero la obediencia amante conduce a la unión y disuelve las jerarquías competitivas.

En cualquier comunidad cristiana la autoridad esencial es el amor, y el liderazgo debería recaer en quienes hayan aprendido a la vez a amar más y a integrar esa capacidad con otros dones tales como discernimiento, erudición y profecía.

El amor es la energía de la experiencia contemplativa, y es desde la oración que proviene en última instancia toda forma de autoridad en el monasterio. La única demanda que el amor propone es corresponder amando. Se espera por lo tanto que el abad busque este amor recíproco, en lugar del miedo, como la base de su autoridad (RB 64:15). Al decir esto, San Benito muestra el rol esencialmente espiritual del abad como maestro. Sus propias deficiencias serán recubiertas por el amor. Él no fingirá una perfección que lo confundiría hoy con la concepción popular de un gurú oriental, que la crisis occidental de autoridad espiritual al mismo tiempo exaltó y llegó a sospechar.

El abad entra más bien en la tradición del maestro cristiano, que apunta más allá de sí mismo, a Cristo, como el maestro interior. Unido al yo verdadero de cada persona, Cristo otorga también autoridad a la experiencia personal.

La autoridad de la comunidad deriva del grado de su mutua reverencia y obediencia. Pero a causa del peligro derivado de la multitud, es siempre una autoridad que necesita ser guiada por la autoridad del maestro. Estas son ideas difíciles de aceptar por parte del individualismo moderno. Pero hay en nuestra sociedad una profunda búsqueda de autoridad en curso. Es una búsqueda que el monasterio realmente moderno puede guiar con su ejemplo de una autoridad basada en el amor y no en el miedo.

## **LUGAR**

San Benito parece tal vez anticuado en lo que para nuestros oídos suena como su idilio pastoral sobre una comunidad agrícola auto suficiente (RB 66). En realidad, lo que él describe es tan moderno para su época como el emplazamiento urbano lo es para las comunidades monásticas contemporáneas.

Al menos desde el siglo XIX, la modernidad ha estado indisolublemente vinculada con la vida urbana – su circulación de ideas y de productos, y sus nuevas formas de relación personal y colectiva. Ningún lugar, por remoto que sea, está ahora exento de ser afectado por las ciudades modernas. La televisión por sí sola puede asegurar esto. Nadie, por bucólico que fuese, puede pretender ser moderno sin afrontar los hechos de la influencia urbana.

Un buen signo de que el monasticismo puede ser moderno es el desarrollo de la vida eremítica tanto en ciudades como en la vida en común vivida entre los pobres, tal como en los grupos de seguidores de Charles de Foucauld. Un prejuicio que prevalece – parte de la nostalgia de Tintern ya descrita – sostiene, sin embargo, que los verdaderos monjes deben ser rurales y agricultores.

Los monasterios rurales no son necesariamente escapes de la modernidad, pero un entorno rural siempre favorece la imagen del monasticismo como un escape de la vida. Sobre todo, la imagen nostálgica del monasterio sueña huir de la ciudad moderna, que personifica las peores consecuencias de la modernidad despiadada y estúpida.

Una vez más podemos ver el valor social de un monasticismo que defiende la modernidad contra las ilusiones nostálgicas, mientras señala y corrige en la escala de su pequeña vida los abusos de la modernidad. El monasterio urbano tiene una oportunidad especial de hacer esto porque encuentra, más que elude, la modernidad en su forma más típica: la ciudad.

¿Puede el monasterio hacer esto y permanecer monástico? Hay ciertamente grandes peligros de erosión de su vida radical, por el flujo de las distracciones y lujos de la ciudad. El monasterio debe aprender a ser como el cristiano que ejemplifica, en el mundo, pero no del mundo. Estar en el mundo es estar abierto a él. No ser del mundo significa estar desapegado de él por el ritmo regular de su vida de oración y por su ascetismo.

No es el encierro sino la intensidad de la vida contemplativa que logra esta relación. Como todas las relaciones, es desafiante conlleva amenaza de cambio. Pero es el desafío de los tiempos para los monjes contemporáneos. Deben estar constantemente alertas del peligro de degenerar a partir del monasticismo urbano, en un monasticismo burgués. Por otra parte, el peligro de evadir la modernidad extrema y violenta de la ciudad es recaer de la modernidad monástica a la nostalgia monástica. El monasticismo urbano representa el intento del cristianismo mismo de encarnarse en el tiempo y el espacio de cada generación.

Las ciudades son el epicentro de nuestra modernidad, pero también revelan los estragos producidos por la moderna modernización en la vida humana. En el pasado, las ciudades eran centros de comercio y comunicación, puntos focales de cultura, pero también estaban a la vista física y psicológica del campo que las rodeaba y las apoyaba. Hoy la vida suburbana ha surgido para bloquear el aire fresco de la naturaleza al entrar a las calles de la ciudad. Al extenderse más la polución urbana en lo que queda del campo, se convierte en un símbolo del desorden radical en una relación que es esencial para la salud humana. Si la gente es arrancada del Tiempo Natural del campo, de sus ciclos y sus estaciones, así como de las más directas relaciones de la vida rural, se marchita bajo las presiones continuas del apuro, el carácter concreto y la impersonalidad de las ciudades.

Idealmente, por lo tanto, el monasterio urbano tendrá su contrapunto en el campo y el monasterio rural moderno, un contrapunto urbano. El equilibrio entre ambos servirá no solo a la salud de la vida espiritual de los monjes sino a la del mundo del cual el monasterio se retira para llevarlo más cerca de Dios.

La gran virtud monástica de la hospitalidad asegurará la modernidad de los centros tanto urbanos como rurales: en la ciudad, primordialmente, como un centro de oración, abierto a todos; en el campo, como un lugar de retiro y de renovación. Tal monasticismo revela la verdad de su creencia en que "la divina presencia está en todas partes" (RB 19:1).

Dios es tan presente, de acuerdo a James Joyce, in el griterío de la calle y en las “epifanías” de la ciudad, como en la salmodia de los monjes. Si la vida contemplativa es vivida intensamente, el monasterio urbano no es amenazado por la ausencia de los adornos convencionales. En realidad, la experiencia contemplativa, moderna por excelencia porque es la experiencia del momento presente, restaura la reverencia aún a aquello que la modernidad ha desacralizado.

## **CONCLUSIÓN**

Uno podría seguir buscando otros elementos de la tradición monástica para ver cómo se relacionan hoy a la tradición de la modernidad. Debería quedar claro hasta ahora, sin embargo, que la modernidad y el monasticismo se simpatizan esencialmente. Las reglas fijas tienen un valor limitado para ambos. Pero la Regla de San Benito ofrece una regla general para la modernidad, al menos en la vida cristiana, casi tan influyente como ha sido el Manifiesto Comunista.

Muchas utopías han sido imaginadas en la tradición moderna. El Reino no es una de ellas. El Reino, al cual la vida monástica dirige su atención sin distracciones, tiene un lugar verificable. Es el centro de la persona humana y así espera ser revelado como el centro de la experiencia humana. El Reino es el significado de la historia que la modernidad contemporánea siente con tanta frecuencia que está fundado solamente en el “progreso”.

La desacralización de nuestra vida ha producido una crisis dentro de la crisis de fe respecto al testimonio religioso tradicional del Reino. El monasticismo puede encontrar en esa crisis la oportunidad para proclamar el Reino quizás con mayor elocuencia que nunca. Desapegado de todas las estructuras institucionales, incluyendo la suya propia, el monasticismo vive un compromiso hacia la libertad del Reino y hacia el amor trascendente que empodera a esa libertad para ser agente de paz y de aquel “buen orden” que amaba San Benito, no del caos y el conflicto. Los monjes ejemplifican silenciosamente esto en la forma humanamente falible en que abandonan su propia voluntad para vivir bajo los consejos de obediencia, estabilidad y conversión.

Constantemente convertidos, ellos son firmemente modernos. Sus propias debilidades se convierten en crisoles de poder divino. Ellos buscan la paz, no la seguridad. Están preparados para el sufrimiento al abrazar la alegría de una vida sin distracciones.

Su no posesividad de los bienes del monasterio, de sus relaciones, y aún de sus propios cuerpos, los empodera para romper la esclavitud humana a la espiral de las necesidades. Hoy esa espiral amenaza la sobrevivencia de todo el mundo espiritual y físico.

Los monjes comparten el trabajo redentor de todos los que aman el mundo, al dejar de ser esclavos del deseo, y llegando a ser en cambio señores de sus necesidades. Cuando los monjes conocen que su modernidad consiste en su conversión de vida, adquieren esa autoridad de la humildad que les permite proclamar la dignidad del monasticismo tan confiadamente como Dogen hizo con el zen:

*“Los monjes son los más nobles y excelentes seres en el mundo, porque están libres de la ilusión y tienen una mente pura y sin artificio”.*

Esta clase de confianza nace de la experiencia de conversión que libera al monje de los límites de todas las estructuras necesarias de su disciplina. El monje necesita amar la vocación monástica y sus formas sagradas, pero también precisa darse cuenta que la perfección de su vocación se alcanza cuando se libera de todas las formas. Es verdaderamente un monje cuando las formas exteriores no son necesarias para identificarlo como monje. Pero tal libertad se gana solo a través de una interioridad radical y de corazón pleno, que se expresa y se nutre en un amor totalmente moderno a la tradición monástica.

Este sentido de la dinámica directamente auto trascendente del monasticismo tiene su raíz en el corazón de la tradición monástica. Se siente en la advertencia de Evagrio que el arma contra las pasiones no debería en sí misma transformarse en una pasión.

Obediente a la estabilidad en el proceso de conversión, el monje llega a ser un firme punto de continuo cambio. La vida monástica es una dinámica de oración, y la oración es la trascendencia de la auto conciencia. Nuestro desafío radica en elegir concientemente esta trascendencia. La modernidad es ese estado mental que es conciente de su auto conciencia y aún busca plenitud en todos los niveles del ser. Las dos tradiciones - del monasticismo y la modernidad - son aún más que complementarias. Son inseparables. El Evangelio las une.

#### **LECTURAS RECOMENDADAS:**

Berman, Marshall (1982) – *All that is solid melts into air*. New York: Simon & Schuster. Hay traducción al castellano: (1989) *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. 3ª edición, Buenos Aires: Catálogos.

Main, John (1987) – *The monastic adventure*. Montreal: The Benedictine Priory

Main, John (1986; 1987) – *The present Christ*. (Londres: Darton, Longman & Todd y New York: Crossroads

De Vogüé, Adalbert (1983) – *The Rule of St. Benedict: a doctrinal and spiritual commentary*. Kalamazoo, MI: Cistercian Publications.

Ignatieff, Michael (1984) - *The needs of strangers*. Londres: Chatto & Windus.

Lossky, Vladimir (1957) – *The mystical theology of the eastern church*. Cambridge: Clark. Hay traducción al castellano: (2009) *Teología mística de la iglesia de Oriente*. Barcelona: Herder.

Traducción: Marina Müller